

LA VEJEZ, DRAMA Y TAREA

*Comunicación del académico de número Santiago Kovadloff
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 11 de septiembre del 2024*

LA VEJEZ, DRAMA Y TAREA

Por el académico **SANTIAGO KOVADLOFF**

I

La vejez está en nosotros. Somos nosotros. Es una realidad que nos constituye. A cada cual y desde siempre. Y que, en un momento dado, ya no se deja soslayar. Ella es, de pronto, lo que nos pasa. En esa medida, nos fuerza a encararla. Se nos impone como nuestra verdad. “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” -advierde Cesare Pavese. Al obligarnos a reconocerla en nuestro semblante, ella nos prueba hasta dónde estamos involucrados en lo que

significa. No obstante, este reconocimiento no implica una identificación. Algo en nosotros se resiste a ser lo que nos pasa. A consistir en lo que nos sucede. Se trata, por eso, de un acontecimiento en el que, sin perder la familiaridad con nosotros mismos, no podemos dejar, pese a ello, de sentirnos otro que aquel que protagoniza lo que nos ocurre. La verdad de nuestro envejecimiento no pareciera decirlo todo de nosotros. Y sin embargo, ahí está, rotundamente, esa verdad. Algo, en el espejo en el que nos veíamos idénticos, ya no está allí. Es la tristeza de vernos envejecer. La pena de advertir que esos rasgos que aún son los nuestros, no son ya tal como hasta entonces presumíamos. Como un barco que de a poco se aparta del muelle y empieza a desdibujarse en la distancia, así hemos comenzado a ser ese otro que se adueña de nosotros. Lo ineludible ha empezado a hacerse oír en nuestro cuerpo.

En el mundo moderno, la vejez ha dejado de ser un problema social inabordable. Pero no ha dejado de ser, para una inmensa mayoría, un incontenible pesar anímico. Su consideración de fondo sigue siendo muy pobre. El progreso, antes que a suprimir ese pesar, solo contribuye a reconfigurarlo sin afectar su vigencia. Y lo digo consciente de que son muchas las dificultades acarreadas por el envejecimiento que han sido aliviadas por la ciencia y resueltas por la técnica. Otras dificultades, no obstante, han aparecido. Algunas, incluso, a consecuencia de esos mismos

avances. Y hasta hay dificultades relacionadas con la vejez que, existiendo desde siempre, se han agravado, sobre todo en el siglo que acaba de concluir. Valen, en este sentido, las palabras de Sebastián Ríos:

“Llevado al extremo de la irracionalidad, el esfuerzo de la medicina por preservar y cuidar la salud de las personas ha demostrado que es capaz de volverse en contra de aquellos a quienes pretende proteger. Cuando los médicos se empeñan en extender la vida aun más allá de las posibilidades fisiológicas y del deseo de sus pacientes aparece lo que se ha dado en llamar el encarnizamiento terapéutico.”

Hace solo doscientos años, llegar a viejo era más que improbable. La muerte terminaba con la mayoría de los hombres al cabo de cuatro décadas, cuando no de tres. Hoy, en cambio lo que entonces era casi imposible resulta usual. Sobre todo en ese mundo abastado y operativo que conforman el Japón, Europa Occidental y los Estados Unidos. Ello, sin embargo, no significa que la vejez sea mejor comprendida donde más atendida está. Ahora los viejos acumulan años pero la vejez ha perdido sentido.

En tiempos pretéritos, bien se lo sabe, los viejos gozaron de gran estima. Más cerca de nosotros, ese privilegio se fue desdibujando. En un escenario poco expuesto al cambio y siempre

lento para incorporarlo, los muchos años cursados aseguraban idoneidad en materia de experiencia. Ser viejo equivalía a saber, y a saber lo que importaba. Eran tiempos en los cuales el transcurso de los días no acarrearba mayores novedades. Nada ni nadie jaqueaba el conocimiento ancestral. La monotonía era el fundamento de su solidez, el sustento de su suficiencia. Cuando un viejo se pronunciaba, la sabiduría se dejaba oír. Su prestigio no era gratuito. Estaba asentado en una verdad no desmentida por el transcurso del tiempo.

Luego ocurrió el desajuste. El aura del hombre añoso naufragó con las creencias que le daban sostén. Lo imprevisible se impuso, exigió transformaciones. Las respuestas disponibles, tradicionales como eran, no supieron remontar el descrédito. Tras haber sido un hombre superior, el viejo pasó a ser un hombre superado. En él no se vio entonces más que la terca insistencia del pasado. ¿Escucharlo para qué? Y si, aun así, se empecinaba en hablar, cabía silenciarlo. Florecieron lo novedoso y lo juvenil. Empezaron a imponerse, fueron celebrados. Se los caratuló como lo indispensable. El conocimiento, lo que él implicaba, fue redefinido. Ahora quería decir estar al tanto de lo no sabido hasta allí. La disposición y la aptitud para innovar dejaron de ser profanas. Una y otra conquistaron un estatuto social inédito. La voluntad transformadora ya no fue sinónimo de transgresión, menos aún de insensatez. Todo lo contrario: se convirtió en virtud.

Dédalo, el inventor, demuestra, en nuestro tiempo el consenso ganado por la facultad de imaginar y crear, el prestigio que rodeó al talento para introducir lo insospechado. Lo insospechado y no obstante, propicio y rendidor. De modo que, tras haber sido figura estelar, el viejo debió replegarse. Primeramente, hacia roles de reparto. Después, hacia el papel de mero espectador. El drama de la lucha por la vida ya nada requería de él. Su anonimato cundió. Y con el anonimato, su insignificancia. Había, pues, que replantearse su sentido comunitario. ¿Un viejo qué es, qué vale? ¿Qué puede contarnos de nosotros ése que ya no cuenta con autoridad?

II

Tampoco el anciano sabe qué hacer consigo. Rara vez logra sobreponerse al peso de la verdad que lo constituye. Lo abrumba el íntimo dolor de ser quien es. Así, a su intrascendencia social se le suma la autodescalificación. La herida sin remedio que le imponen sus propias imágenes, las sensaciones y sentimientos que ya no le permiten reconocerse en lo que presume ser. Ese yo que insiste en afirmarse como quien ya no es, se sabe, no obstante, brutalmente inscripto en el hombre marchito cuya figura contempla. Dos testimonios de ello. El primero es poco menos que remoto. Data del tiempo en que envejecer era inusual y tenía lugar a una edad

que hoy estimamos temprana. Está fechado en París el 27 de enero de 1771. Es una carta de Madame Dudeffand enviada a su amigo Horace Walpole, literato inglés:

“Es necesario que hagamos una confesión, mi espíritu se debilita, se fatiga, se cansa; ya no tengo memoria; ya no soy capaz de participar en nada; apenas hay algo que me interese; vivo disgustada de todo; me parece que uno no ha nacido para envejecer, es una crueldad de la naturaleza condenarnos a la vejez; comienzo a hallar mi situación insoportable. Yo he tenido gatos, perros, que han muerto de vejez, y se ocultaban en los agujeros y tenían razón. En situaciones así nadie quiere mostrarse, dejarse ver, cuando se es un objeto triste y desagradable.”

El segundo testimonio, un poema, lo atribuyó Pessoa, a principios del siglo XX, a su heterónimo Ricardo Reis:

*“Ya sobre la frente vana se me encanece
el cabello del joven que perdí.
Mis ojos brillan menos.
Ya no merece besos mi boca.
Si aún me amas, por amor, no me ames:
Me traicionarás conmigo.”*

En un medio donde el tiempo solo importa como herramienta

y objeto de dominio, es explicable que se margine a quien evidencia que el tiempo ha podido con él. Sus huellas –las del tiempo– son la lepra de la época. El envejecimiento y la muerte, entre nosotros, no están meditados sino solo tramitados. Se los concibe, a lo sumo, como materia de administración. Geriátricos, cementerios y mausoleos así lo prueban. Se me dirá que no es poco. Pero aquí se trata de otra cosa. Se trata de ver lo que tanta diligencia encubre. La finitud concebida como imposición indoblegable no llega a ser interrogada. El mandato social dominante exige soslayar su evidencia. ¿Cómo va a admitirse su estatuto de dilema decisivo en un mundo donde solo reina la voluntad de desterrarla? Concebidas como manifestación de ese poder irreductible a la voluntad de dominio, la vejez y la muerte están desatendidas aún allí donde más atención se les presta. No hay lugar para ellas como expresión de lo inelaborable. Nuestra ciencia y nuestra técnica no se sienten interpeladas por la evidencia de que ser sujeto también quiere decir saberse sujeto, es decir acotado por la ley, por un límite estructural y no apenas coyuntural. Es esta imposición trascendente lo desoído por nuestra cultura. Eso cuyo efecto sobre la subjetividad no se está dispuesto a considerar sino “prácticamente” o a ser tramitado religiosamente.

En sociedades que aspiran a estar integradas por creadores, tanto de bienes como de sentidos, se repudiará necesariamente la

condición de criatura. Ella remite a un orden de sujeción ontológica que escapa a todo control social. Nos habla de una legalidad que no reconoce al hombre como amo. Esa autonomía de lo indoblegable nos interroga, nos acota, nos acecha. Nos acosa, sin pausa por mas que nos empeñemos en burlar su asedio. ¿Cómo no va a ofender a la conciencia esencialmente “empresadora” de la Modernidad esta dimensión indómita de lo real que tan centralmente nos atañe? La vejez es lo irremediable. Y lo es en un mundo secularizado donde morir no implica más que disolverse. Dado que nuestra cultura rehuye el trato con lo que no se deja inscribir por entero en un significado y pretende gerenciarlo todo, la vejez, para ella, no puede sino constituir una provocación intolerable. Es agravante por lo que tiene de indómito. Sin embargo, a medida que la vejez multiplica en nosotros, los modernos, las huellas de su invulnerable fortaleza, nos vemos forzados a admitir lo que tanto empeño se ha puesto en subestimar: la impagable hipoteca contraída por el hombre con la fatalidad. Que el hombre no pueda sustraerse a su subordinación al tiempo, tal como lo atestigua la vejez, es algo que nos afecta donde más nos duele: en la presunción de nuestra supremacía y de nuestra autonomía con respecto a la naturaleza.

Envejecer es emprender el trayecto de retorno desde la cultura que nos personaliza hacia la naturaleza que nos cosifica. Envejecer es encaminarnos por la senda progresivamente hostil de

un cuerpo que se marchita y de una conciencia que se sabe protagonizando su decadencia. Al extremarse la edad, el gobierno de nuestras vidas por parte de la cultura se debilita, cede, pierde idoneidad. El alcance de sus disposiciones empieza a verse más y más restringido. Hay un momento en que el anciano se reconoce en lo que le sucede. Sabe, advierte, que esa cultura en retirada es él mismo. Que él es esa naturaleza en anárquica expansión, ese progresivo desorden que lo destituye como persona. Pero, paradójicamente, al reconocerse como un gradual desconocido, afirma, todavía, la fortaleza de su identidad. Es que aún somos profundamente humanos cuando advertimos que vamos dejando de serlo. El hecho de poder interrogar nuestra vida en retirada es una manera de afirmarla, es aún inscripción en la cultura.

Dice bien Améry: “cuando se refiere al trágico infortunio del envejecimiento”. Es precisamente lo que hay de trágico en ese infortunio lo que explica el repudio intransigente que nuestras sociedades manifiestan hacia la vejez mediante una frenética apología de lo juvenil. Estamos sustancialmente reñidos con lo trágico. No podríamos, en consecuencia, sino estar enemistados con las imposiciones de la vejez. Incluso en la terminología usual se dibuja el afán de rehuir la cruda realidad del envejecimiento. No suele decirse *viejo*, sino *hombre mayor*. No suele decirse *vejez*, sino *tercera edad*. Ni siquiera los cementerios deben ya pasar por tales. Se los concibe y ejecuta como auténticos jardines donde la

gravedad de la muerte se maquilla de placidez. Ni el moribundo ni el enfermo terminal, suelen tener derecho a reconocerse como tales. Envejecer y morir se convierten, a la luz de estrategias escapistas y subterfugios encubridores, en imperativos devaluados. El mandato social determinante es simular que no sucede lo que nos pasa. Si ya no se es joven se debe, no obstante, aparentar que se lo es. Todo, desde la indumentaria hasta la propia piel, tendrá que evidenciar que así se lo ha entendido. El paso del tiempo no debe dejar huellas. El hombre no debe ser un indicio del tiempo. La orden es creer y hacer creer que con uno el envejecimiento no ha podido. Si no somos indemnes al paso de los años debemos actuar como si lo fuéramos.

No es pues al viejo a quien hoy se lo elimina de la manera cruenta en que se lo hacía en ciertas sociedades del pasado. Es la vejez como tal la condenada. Ella, la evidencia de un hecho ineludible del que se reniega mediante un enmascaramiento en una lozanía que no es sino apariencia. Hechas a un lado notables excepciones, la vejez no es otra cosa, para la mayoría de los seres humanos, que una despedida que se prolonga en la pasividad de la espera.

Ahora bien: ¿es ello imprescindible? No, a juicio de Vladimir Jankélévitch para quien la vejez es también una oportunidad. Escuchémoslo:

“La vejez es un modo de ser como la juventud y la edad madura; y este modo de ser sólo es deficiente para una sobreconciencia sinóptica, y a condición de comparar, de medir o de juzgar desde fuera; vivido desde dentro, el presente senil no está más vacío para el hombre anciano de lo que está el presente juvenil para el hombre joven: tiene solamente otro cariz, otro ritmo, otro tiempo; una tonalidad diferente. Y lo mismo que el jubilado tiene los placeres del jubilado, hace proyectos de jubilado, busca distracciones a su medida, lo mismo que los enfermos en los hospitales saborean los pequeños placeres de hospital y las atenciones de hospital, así el anciano se instala y se arrellana en su manera de ser anciano, en su presente senil; y ese presente senil, a pesar de ser vivido en cámara lenta, es un presente viable y completo y, en su género, perfecto como todos los presentes; el presente senil se basta a sí mismo tanto como el presente adulto”.

Hay, pues, un vitalismo propio de la vejez que se encuentra en las antípodas de la resignación y de lo burdo. Es otra conformación del goce de la vida. De ese goce que, según Jankélévitch, puede ser codiciado y obtenido en la ancianidad.

Envejecer puede también convertirse en un proceso de gradual y relativa adecuación fructífera al paso del tiempo.

Constituye, en este sentido, un tránsito hacia una posibilidad y configuración inéditas del goce de vivir y no una mera desaparición de modalidades y recursos previos. Es en este nuevo marco perceptivo donde corresponde inscribir como conjunto el sentimiento de la propia vida cumplida. La vida entendida como “un conjunto”, según la designa Jankélévitch, solo se recorta como procedimiento creador cuando el hombre de edad reconoce su ancianidad afirmativamente. Y ya no con melancolía, como alguien en quien la juventud y la madurez, al extinguirse, lo han despojado de todo sentido y de toda tarea.

III

Se trata de aprender a volverse hacia el ayer desde otra percepción del presente propio. Se trata de pasar de la condición residual a la creadora, que también es posible en la vejez. La nostalgia y la disconformidad ante lo perdido no tienen porqué serlo todo. Es factible encarar de otra manera el ayer. Es posible encararlo con expectativa, interrogarlo, explorarlo. Solicitarle una verdad sobre el ser propio que, hasta ese momento de la vida, no puede concebirse, imaginarse ni alcanzarse. Es la que solo llega a ofrecer una vida cuando se la interpreta como conjunto eventual, es decir como manifestación de una verdad que aún palpita en la temporalidad. Como otra cosa que pérdida, que extenuación, que

resto. Esta revelación de la suma de los días es un privilegio de la vejez. Un privilegio hacia el cual rara vez se tiende. Hay en su transparencia una luminosidad que en parte hiere y abrume. Es dolor. Pero también libera y faculta; constituye y no solo destituye. Habilita y no solo inhibe. No solo es sufrimiento. De modo que el pasado, que por una parte abarca ya poco menos que todo, no ha dado sin embargo todavía su fruto medular. Aún no ha ofertado su realidad de conjunto; ésa que ahora puede llegar a constituirse, en la vejez de cada cual y como materia de interpelación y trabajo, en la textura de un nuevo presente, de un nuevo porvenir. Y en esto consiste lo que todavía no nos ha ocurrido, eso que resulta de una nueva manera de relacionarnos con nuestro pasado, de un nuevo saber sobre él que da impulso y contenido inédito al presente. Se trata, quiero decir, de reelaborar nuestra experiencia del tiempo. Del tiempo tal como nuestro cuerpo la tramita, condicionado por la cultura que le infunde o lo priva de significación.

Se trata, entonces, de restituirnos tiempo. Tiempo como lo no estancado. Tiempo como aquello capaz de fluir hacia nosotros y en nosotros. Se trata de proceder de tal modo que el tiempo deje de ser aquello que únicamente acumulamos en nosotros (materia inerte) y pase a reconfigurarse como energía (materia dinámica) de que disponemos para proseguir en la vejez la construcción de nosotros como en lo que en ella somos: ancianos. Estancado en nuestro cuerpo, el tiempo es veneno para el alma. No procesado,

detenido, deja de ser lo que nos constituye para convertirse en lo que nos destituye. Nada más que en lo que nos destituye. Su paso ya no nos implica como sujetos sino como objetos. Al no convocarnos a hacer algo con él, sencillamente nos deshace. La pétrea inmovilidad del anciano retrata acabadamente la atroz hegemonía de un tiempo liberado de todo control subjetivo. Reconquistada la relación laboral con el tiempo, reaparece el presente: es el escenario en el que se juega nuestra relación con el futuro. Nuestra posible experiencia de la vejez como tarea y ya no, primeramente, como ceniza de la vida que se fue.

La dignidad, asegura Jean Améry, no se alcanza escapando a la realidad de la vejez, sino refutando su enmascaramiento y asumiendo como propia, íntimamente, la experiencia de su significación.

IV

La resistencia ante lo irremediable solo puede cumplirse cabalmente como expresión. Al nombrar lo ineludible, aunque solo sea en escorzo, el hombre radicaliza su inscripción en lo humano. Nombrar es, en este orden de cosas, el obrar extremo. Dar testimonio es mucho más que matizar la pasividad que nos impone lo insalvable. Es reinscribir lo que no tiene remedio –la vejez en este caso– en el campo de una ponderación que, al desplegarse,

devuelve protagonismo a quien la vive. Al dar testimonio, quien lo lleva a cabo conquista el don de resignificar al menos en parte lo que le arrebató toda significación. Equivale, por eso, a incursionar, como sobreviviente del silencio que extermina, en el escenario de una libertad que no por acotada es menos decisiva. Implica deslizarse hacia un otro -el testigo- que bien puede llegar a ser cada uno de nosotros.

Reconfigurarse y reconfortarse en el cumplimiento de una aventura final inigualable, que es la de sabernos inmersos en lo que nos ocurre y siendo de ese modo, algo más que aquello que nos ocurre. Ella y solo ella vuelve a hacer del avasallado por los años, un sujeto libre. Libre durante un instante supremo en el cual ese hombre se repone del impacto con que lo irremediable lo depone. Él es, ahora, el que medita y dice lo que le pasa. En tal medida es otro y es más que aquel que solo se agota en lo que le pasa.

El tiempo que nos constituye es el mismo que nos destituye. Su comprensión usual jamás nos reconciliará con él. Podremos hacerlo, en cambio, si dejamos de entenderlo como duración para empezar a reconocerlo como intensidad. Ni el tiempo ni el hombre duran. No son sino transfiguración. Antes, pues, que al plano fáctico, el hombre y el tiempo pertenecen al orden simbólico. Lo singular de nosotros, lo que hace de nuestra condición una instancia humana, es que no consistimos ante todo en ser

sino en significar. Como signo que va en pos de su significado, el hombre está llamado a constituirse en el campo de la valoración.

El propósito del hombre, concebido como signo en busca de significación, es el de apersonarse. El de hacerse presente. El presente es la instancia de la significación. El escenario donde cada uno de nosotros algo quiere decir, algo puede significar. Ganar realidad es para el hombre que envejece, tal como Martín Buber lo advirtió, ser reconocido en su personal singularidad.

V

Cuando la vejez se reformula como tarea, lo vivido nos propone volver a pronunciarnos. Haciéndolo, nuestro presente, al unísono, renace. Ya no se da a conocer como residuo sino como algo que palpita. Es tarea todavía. De modo que el hombre es humano no en la medida en que va hacia la muerte sino en la medida en que va hacia la expresión. Hacia la expresión incluso de la conciencia de su muerte.

Hablo, pues, del tiempo ya no como lo que pasa sino como lo que nos pasa. A cambio de nuestra entrega a su enigmática verdad, él a su vez nos brinda la posibilidad de darnos a conocer.

“El mundo del pasado, propone Norberto Bobbio, es aquél donde reconstruyes tu identidad. No te detengas. Cada rostro, cada gesto, cada palabra, cada canto por lejano que sea, recobrados cuando parecían perdidos para siempre, te ayudarán a sobrevivir”.
